



El discurso filosófico como acontecimiento histórico: un comentario expositivo-crítico a Michel Foucault

Fecha de recepción: 3 de octubre de 2025 - Fecha de aprobación: 30 octubre de agosto de 2025

Juan Manuel Hernández Aguilar ¹

El problema central que plantea Michel Foucault en *El discurso filosófico* gira en torno a la pregunta fundamental: ¿qué es el discurso filosófico y qué lo distingue de los otros modos de decir que operan en una cultura? Este interrogante, que podría parecer clásico o incluso reiterado en la tradición filosófica, adquiere en Foucault un giro peculiar, pues no se orienta a buscar la esencia universal y atemporal de la filosofía, sino a explorar las condiciones históricas que hicieron posible que algo como un “discurso filosófico” existiera. La filosofía, tal como solemos concebirla, no es para Foucault una práctica milenaria e inmutable, sino un fenómeno cuya aparición depende de una reorganización específica de los discursos en el siglo XVII. Por ello, el análisis no se dirige hacia una supuesta naturaleza eterna de la filosofía, sino hacia la historicidad de sus formas, lo cual transforma por completo la pregunta original: no se trata de saber qué es la filosofía en sí misma, sino qué reglas y condiciones permitieron la aparición de ese tipo particular de enunciación que llamamos “filosófica”.

¹ Licenciado en Literatura y Profesional en Filosofía, Magister en Filosofía y Doctor en Filosofía de la Universidad del Valle – Colombia. Actualmente docente en la Universidad nacional Abierta y a Distancia y líder del grupo de investigación Cibercultura y Territorio. ORCID: 0009-0005-3103-7302 - Correo electrónico: filosofoliterato@gmail.com

Al iniciar su investigación, Foucault subraya que la filosofía moderna se ha concebido a sí misma como actividad de "diagnóstico", especialmente desde Nietzsche. El filósofo, en lugar de erigirse en fundador de verdades universales, se convierte en aquel que intenta decir lo que ocurre hoy, lo que pasa inadvertido por su proximidad, lo que se oculta en la familiaridad de lo cotidiano. Sin embargo, esta caracterización no representa una novedad absoluta: desde sus orígenes griegos, la filosofía estuvo emparentada con la exégesis y con la medicina, pues el filósofo siempre se configuró como una figura capaz de interpretar signos y descubrir enfermedades del alma o de la cultura. Este parentesco estructural revela que la filosofía occidental se constituyó históricamente en un espacio donde el sentido y el mal se entrelazaron para producir una forma específica de discurso. La tradición asignó al filósofo un doble papel: revelar aquello que no se ve y curar aquello que no funciona en la experiencia humana. Tales funciones, sin embargo, empiezan a ser problematizadas por Foucault, quien cuestiona que la filosofía contemporánea pueda seguir sosteniendo ese rol terapéutico o hermenéutico.

Foucault afirma que el filósofo actual debe diagnosticar sin interpretar y sin curar, es decir, sin suponer la existencia de un sentido oculto ni la presencia de un mal que deba ser reparado. El diagnóstico foucaultiano no es una búsqueda del fundamento ni un retorno al origen, sino una descripción de aquello que está a la vista y que, paradójicamente, no percibimos. La filosofía debe decir lo que hay, sin apelar a profundidades metafísicas ni a dimensiones trascendentales. Esta redefinición del diagnóstico implica una transformación profunda: el filósofo ya no puede presentarse como mensajero de verdades profundas ni como médico del cuerpo social; debe asumir una posición más humilde, más frágil, que se limita a mostrar la superficie de las cosas y a captar el modo en que se constituye el presente. Esto coloca al discurso filosófico en una situación inédita: renuncia a sus antiguas pretensiones interpretativas y fundacionales, pero a la vez mantiene la tarea de pensar su propio "hoy". Esta tensión entre diagnóstico y renuncia al sentido profundo es lo que permite que Foucault formule un nuevo problema: si la filosofía no interpreta ni cura, ¿cómo sigue siendo filosofía? ¿Qué tipo de verdad puede producir un discurso que ya no aspira a profundidades ni a fundamentos? La respuesta foucaultiana señala que el discurso filosófico se distingue precisamente por la manera en que se relaciona con el presente, por su capacidad de hacer visible la actualidad que lo atraviesa. Así, el discurso filosófico no se define

por lo que dice sobre el ser o la verdad en sí misma, sino por el modo en que se vincula con el instante en que se enuncia. Esta relación con el “ahora” será clave para comprender su identidad y su función dentro del conjunto de los discursos occidentales.

El análisis de Foucault avanza mostrando que el discurso filosófico se caracteriza por una relación singular con su propio presente, una relación que no comparten ni el discurso científico, ni el literario, ni el religioso, ni el cotidiano. Mientras que el lenguaje ordinario está saturado de marcas de enunciación —“yo”, “aquí”, “ahora”—, cuya referencia depende del contexto inmediato del hablante, la filosofía no se limita a utilizarlas, sino que las convierte en objeto de reflexión. El filósofo no solo habla desde un presente, sino que tematiza la forma en que ese presente condiciona su decir. En cambio, el discurso científico busca borrar toda marca de subjetividad y de temporalidad, pues su aspiración es formular verdades independientes del instante en que se enuncian. La literatura, por su parte, crea un tiempo propio que no coincide necesariamente con el del autor, mientras que la religión inscribe su decir en un tiempo sagrado que trasciende la historicidad humana. La filosofía, situada entre todas estas discursividades, mantiene una tensión peculiar: asume que su presente influye en lo que dice, pero a la vez busca formular conceptos que conserven alguna validez más allá del contexto en el que surgieron.

Esta doble relación con el presente configura lo que Foucault llama la “isocronía” del discurso filosófico. No se trata de la contemporaneidad externa que estudian los historiadores, sino de la manera en que la filosofía produce su propio ahora como condición interna de sentido. Cada filosofía elabora una imagen particular de su época y la incorpora estructuralmente en su discurso. Esto significa que cada sistema filosófico no solo ofrece conceptos y argumentos, sino también una cierta representación del momento histórico que atraviesa. Kant, por ejemplo, diagnostica la Ilustración como salida de la minoría de edad; Hegel interpreta su tiempo como realización del espíritu; Nietzsche denuncia su presente como decadencia; Heidegger lo piensa como consumación de la metafísica técnica. Cada uno construye un modo de situarse en el ahora que no es accesorio, sino constitutivo del discurso filosófico. Esta relación singular con el presente explica por qué la filosofía nunca puede desprenderse por completo de su temporalidad, aunque aspire a la universalidad conceptual.

Sin embargo, Foucault muestra que esta relación con el presente no es un simple reflejo de la época, sino una operación activa y productiva. El discurso filosófico no se limita a describir su tiempo: lo crea discursivamente. Al diagnosticar un estado de cosas, el filósofo establece cuáles son los problemas de su época, qué tensiones la atraviesan, qué conceptos permiten pensarla y qué límites impone a los saberes. La filosofía, por tanto, no es un espejo pasivo, sino una práctica que produce las coordenadas intelectuales de su presente. Esta operación implica un riesgo permanente: al construir su actualidad, la filosofía también puede equivocarse radicalmente sobre ella. Pero es precisamente en ese riesgo donde reside su especificidad.

La pregunta inicial —¿qué es el discurso filosófico? — empieza a esclarecerse: la filosofía es la práctica que hace del presente su problema constitutivo y que reflexiona sobre su propia inscripción en ese presente. No es una doctrina eterna ni un saber universal, sino una forma histórica de discurso que asume la tarea de decir lo que ocurre hoy y de pensar las condiciones que hacen posible ese decir. Así, su vínculo con el ahora no es accidental, sino esencial, y esta característica la distingue profundamente de todas las demás formas de discurso. Foucault propone, por tanto, una redefinición radical: el discurso filosófico no se identifica por sus contenidos, sino por su modo de situarse en el tiempo. Para profundizar en la definición del discurso filosófico, Foucault examina su surgimiento histórico y sostiene que antes del siglo XVII no existía una forma diferenciada de discurso que pudiera denominarse propiamente “filosófico”. Durante la Edad Media y el Renacimiento, la filosofía no era un modo específico de decir, sino una instancia superior que abarcaba a la teología, la física, la ética y la metafísica sin distinguir claramente entre ellas. No había, por tanto, una frontera precisa que permitiera separar su lenguaje del de las ciencias o de la exégesis religiosa. Según Foucault, es la reorganización discursiva del siglo XVII —particularmente con Descartes— la que inaugura un espacio nuevo en el que el discurso filosófico adquiere una identidad propia. En esa reorganización, la ciencia empieza a constituirse como discurso autónomo, la literatura como espacio estético diferenciado y la teología como autoridad espiritual cada vez más separada del saber racional. La filosofía, en medio de estas transformaciones, deja de englobar los discursos y pasa a definirse por su modo singular de relacionarse con el presente.

En este nuevo reparto, el discurso científico se caracteriza por expulsar toda marca del sujeto, afirmando enunciados que buscan valer independientemente del momento en que se formulan; el discurso literario crea mundos de ficción que poseen un tiempo interno distinto del del autor; el religioso habla desde una temporalidad sagrada ajena a la historia humana. La filosofía, en cambio, asume el peso del presente sin perder la aspiración conceptual “universalistante”. Esta posición intermedia es la que convierte al discurso filosófico en un fenómeno histórico específico y no en una necesidad eterna del pensamiento. Foucault insiste en que la identidad de la filosofía depende de estas condiciones externas: si el campo discursivo se transformara, la filosofía tal como la conocemos podría desaparecer o convertirse en otra cosa. Así, lo que habitualmente se presenta como esencia intemporal es, desde esta perspectiva, una función histórica surgida de un reordenamiento del saber. El carácter problemático de esta tesis se acentúa cuando Foucault muestra que la filosofía moderna no abandonó por completo sus raíces hermenéuticas. Aunque Descartes parecería inaugurar un discurso fundado en la evidencia y la claridad, la tradición posterior conserva cierta voluntad interpretativa, un resto de aquella función antigua que buscaba revelar sentidos ocultos. Pero esa interpretación ya no se orienta a descubrir la verdad del mundo o del alma, sino a esclarecer las condiciones que hacen posible la experiencia, el saber, el lenguaje y el sujeto. Kant es un ejemplo paradigmático: su filosofía no busca el fundamento último del ser, sino las condiciones de posibilidad del conocimiento. Con ello, el discurso filosófico se transforma: deja de buscar la esencia de las cosas y se vuelve reflexión sobre los límites del pensamiento.

El giro foucaultiano consiste en mostrar que esta función crítica no brota de la esencia de la razón, sino de una configuración histórica del discurso que hizo posible abordar el presente de un modo reflexivo. De ahí que la filosofía no pueda justificarse apelando a un fundamento trascendental ni a una continuidad histórica lineal. Lo que entendemos como discurso filosófico no es sino el resultado de múltiples reconfiguraciones en la forma de hablar, pensar y ordenar los saberes. Esta conclusión introduce un matiz crítico profundo: la filosofía no es un destino del pensamiento, sino una opción histórica cuya vigencia depende de las mutaciones del archivo occidental. Si este archivo cambia, el propio discurso filosófico deberá redefinirse o incluso desaparecer, tal como ocurrió con otros modos de decir que en su época parecían inamovibles.

El paso siguiente en la definición foucaultiana del discurso filosófico consiste en analizar las reglas internas que lo organizan. Foucault sostiene que ningún discurso se define por los temas que trata o por las doctrinas que sostiene, sino por un conjunto de regularidades que determinan qué puede ser dicho, cómo puede decirse, quién puede enunciarlo y bajo qué pretensiones de verdad. La filosofía, por tanto, no es la suma de los sistemas de Platón, Kant o Heidegger, sino un espacio discursivo constituido por funciones, conceptos y modos de enunciación que hacen posible que esos sistemas existan. Esta perspectiva rompe con la idea tradicional de la filosofía como historia de grandes autores y la sitúa en el ámbito de las prácticas discursivas. Según Foucault, el discurso filosófico se compone de cuatro estratos: la relación con el presente, las funciones que ejercen sus enunciados, la red conceptual que los articula y las formas textuales que adopta. Estos niveles no se superponen mecánicamente, sino que se entrecruzan, generando un campo en el que múltiples filosofías coexisten sin que ninguna agote su definición.

La relación con el presente ocupa el estrato más profundo, pues determina si un discurso puede o no ser filosófico. Sin esta referencia activa al ahora, los enunciados carecen de la tensión temporal que caracteriza al pensamiento filosófico moderno. Por encima de este nivel se encuentran las funciones discursivas, es decir, los roles que la filosofía desempeña frente a otros discursos: puede criticar, legitimar, fundar, desmontar o problematizar los saberes vigentes. Mientras la ciencia produce conocimientos verificables y la literatura crea mundos posibles, la filosofía interroga los límites, condiciones y efectos de ambos discursos. Luego aparece la red teórica, compuesta por conceptos como ser, sujeto, verdad, libertad, experiencia o lenguaje, que se reconfiguran históricamente según las necesidades del presente. Finalmente, las unidades sintácticas —como el tratado, el aforismo, el ensayo, la meditación o el comentario— organizan la forma material del decir filosófico. Cada filosofía particular es un modo singular de activar estos estratos en una combinación específica.

Foucault subraya que el discurso filosófico no forma una totalidad coherente, sino una dispersión regulada. Esto significa que la diversidad de filosofías

—desde el racionalismo cartesiano hasta el positivismo lógico o el nihilismo nietzscheano— no constituye un “progreso” hacia una verdad más elevada, sino un conjunto de posibilidades abiertas por el archivo discursivo de cada época. La filosofía no avanza ni retrocede: se transforma. De esta manera, Foucault cuestiona la idea de una historia lineal de la filosofía y se opone directamente a interpretaciones como la heideggeriana, que conciben esa historia como un destino metafísico del ser. Para Foucault, tales relatos no describen la esencia de la filosofía, sino que son ellos mismos productos del discurso filosófico, expresiones particulares de su configuración histórica.

Esta visión introduce un punto crítico decisivo: si la filosofía es un conjunto de reglas históricas que delimitan lo decible, entonces no tiene una esencia que la sostenga eternamente. Puede variar, desplazarse o incluso descomponerse si cambia el archivo que la sostiene. Lo que hoy llamamos “discurso filosófico” es solo una forma histórica entre otras posibles. Esta posibilidad abre un interrogante inquietante: ¿qué ocurriría con la filosofía si las condiciones que la hicieron surgir se transformaran nuevamente? Esta pregunta prepara la entrada a la mutación nietzscheana, momento en el que el discurso filosófico tradicional comienza a fracturarse, dando lugar a nuevas formas de pensamiento que ya no responden a su estructura clásica.

Una vez establecida la estructura interna del discurso filosófico, Foucault dirige su atención a un aspecto decisivo: la historia de la filosofía como parte constitutiva del propio discurso filosófico. A diferencia de lo que ocurre en las ciencias o en la literatura, la historia de la filosofía no es un saber externo que observa desde fuera, sino una función interna que la filosofía ejerce sobre sí misma. Cada vez que un filósofo narra su tradición, selecciona autores, interpreta conceptos pasados o establece continuidades y rupturas, está modificando activamente el campo discursivo en el que se inscribe. Así, la historia de la filosofía no es un simple registro cronológico, sino un mecanismo mediante el cual el discurso filosófico reorganiza su archivo y se redefine constantemente. Esta característica explica por qué la filosofía es un discurso que nunca puede desprenderse de su propio pasado: necesita reinterpretarlo para comprender su presente y proyectar su futuro. Lo que parece una continuidad histórica es más bien una serie de reescrituras que produ-

cen retrospectivamente la idea de tradición. Foucault muestra que la historia de la filosofía puede adoptar múltiples formas: puede presentarse como progreso racional, como recuperación de un origen perdido, como confrontación entre sistemas, como genealogía de conceptos o como crítica de los fundamentos. Estas formas no dependen de una supuesta esencia del pensamiento filosófico, sino de las funciones que la filosofía ejerce en cada época. En ciertos momentos se privilegia la linealidad, en otros la ruptura; en unos la continuidad de las preguntas, en otros la discontinuidad de los registros. Cada una de estas narraciones reconfigura el espacio discursivo y determina qué enunciados son posibles. Es por esto que Foucault insiste en que la historia de la filosofía es ella misma una práctica filosófica: al escribirla, el filósofo decide qué cuenta como filosofía y qué queda excluido, qué autores se vuelven centrales y cuáles desaparecen del horizonte. El archivo filosófico no es una colección fija, sino un campo en permanente reordenamiento.

En este punto, Foucault introduce un giro crítico que prepara su análisis de la mutación nietzscheana. Señala que el discurso filosófico moderno, especialmente desde el siglo XIX, empieza a mostrar síntomas de desgaste. Las fronteras que separaban a la filosofía de la literatura, de la ciencia y de la moral se vuelven cada vez más porosas. Nietzsche, en particular, rompe la arquitectura discursiva heredada: su escritura mezcla aforismos, poemas, análisis filológicos y diagnósticos culturales que ya no pueden clasificarse bajo la forma tradicional del tratado filosófico. Con él, el discurso filosófico deja de ocupar un lugar unificado y comienza a descomponerse en múltiples prácticas heterogéneas. La filosofía se vuelve crítica, creación, interpretación, estilo, provocación; pierde su unidad interna y se dispersa en otros modos de decir. Esto no significa que el pensamiento desaparezca, sino que la forma "filosofía" ya no puede sostenerse como discurso homogéneo. El diagnóstico foucaultiano es claro: el discurso filosófico clásico, surgido en el siglo XVII, comienza a fracturarse en la modernidad tardía. Su relación con el presente ya no es exclusiva, sus funciones se desplazan hacia las ciencias humanas, sus conceptos se redistribuyen y sus formas textuales explotan en una pluralidad irreductible. La filosofía deja de ser el lugar desde el cual se funda la verdad o se organizan los saberes, y pasa a ser una práctica entre otras, sin privilegio epistemológico o discursivo.

Esta pérdida de centralidad anuncia un cambio profundo en la configuración del archivo occidental, un cambio que llevará a Foucault a plantear la posibilidad de que la filosofía, tal como la hemos conocido, esté llegando a su límite histórico.

Foucault dedica la parte final del texto a examinar las transformaciones del archivo occidental, especialmente a partir de Nietzsche, pues es allí donde el discurso filosófico comienza a perder la estructura que durante siglos le otorgó unidad. El concepto de archivo, lejos de referirse a una colección de documentos, designa para Foucault el conjunto de reglas que ordenan lo decible en una época, aquello que determina qué discursos pueden existir y bajo qué formas. El archivo es, por tanto, la condición histórica que posibilita que ciertos enunciados sean pensables y otros no. En este marco, la irrupción nietzscheana representa una mutación: rompe la continuidad del discurso filosófico moderno al disolver las fronteras tradicionales entre saber, crítica y creación. Sus textos ya no responden a las exigencias del tratado racional, combinan registros heterogéneos y debilitan la distinción entre filosofía, literatura y genealogía moral. Este estallido formal no es un simple gesto estilístico: es el síntoma de un cambio profundo en la organización del archivo, un cambio que afecta a todas las prácticas discursivas.

La consecuencia principal de esta mutación es que la filosofía deja de funcionar como discurso unificado. Ya no existe un lugar claramente demarcado desde el cual el filósofo pueda diagnosticar el presente o fundar los saberes. La crítica, la interpretación y la creación se desplazan hacia otras formas de discurso: la sociología, la antropología, la psicología, la lingüística y la literatura comienzan a ocupar funciones que antes pertenecían a la filosofía. Foucault señala que, en la modernidad tardía, el pensamiento ya no se articula necesariamente en forma filosófica; los problemas tradicionales —el sujeto, la verdad, el sentido, el poder— se discuten desde múltiples perspectivas sin requerir la mediación del discurso filosófico. En este escenario, la filosofía se ve forzada a redefinirse o a desaparecer como instancia autónoma. Su lugar en el archivo se desvanece, y con él la pretensión de hablar desde una conciencia privilegiada del presente.

Este proceso no implica el fin del pensamiento, sino la redistribución de sus formas. La filosofía ya no garantiza el acceso al fundamento ni el análisis de las

condiciones del saber; estas funciones son apropiadas por otros discursos que operan con métodos y reglas diferentes. La arqueología, la genealogía y las ciencias humanas asumen tareas que antes se consideraban exclusivamente filosóficas. Foucault mismo es un ejemplo de esta transición: su método no pretende ser filosófico en el sentido tradicional, pero tampoco pertenece plenamente a ninguna disciplina constituida. Su pensamiento atraviesa y reconfigura el archivo sin reclamar un lugar fijo en él. De este modo, el discurso filosófico se vuelve una forma entre otras, un modo de decir sin privilegios, cuya continuidad depende de su capacidad para adaptarse a las transformaciones del archivo.

El efecto crítico de esta reconfiguración es profundo: si la filosofía surgió históricamente y no por necesidad esencial, también puede desvanecerse por condiciones históricas. Esta posibilidad redefine la pregunta inicial: "¿qué es el discurso filosófico?" ya no puede responderse apelando a su universalidad, sino mostrando que es un episodio en la historia de los discursos occidentales. La filosofía no es fundamento ni destino del pensamiento, sino una forma contingente de práctica discursiva. Al despojarla de su supuesto carácter eterno, Foucault abre el camino para pensar un pensamiento sin filosofía y un saber sin fundamento, en el que las prácticas de reflexión, crítica y creación se distribuyan de manera plural y heterogénea. Esta perspectiva transforma radicalmente la autocomprensión del discurso filosófico y anuncia su posible disolución en el archivo contemporáneo.

Con la transformación del archivo occidental, Foucault llega a la conclusión de que el discurso filosófico, tal como se configuró desde el siglo XVII, entra en una fase de declive y recomposición. Lo que alguna vez definió a la filosofía —su capacidad de diagnosticar el presente, de organizar conceptualmente los saberes y de reflexionar sobre sus propias condiciones de posibilidad— ya no le pertenece de manera exclusiva. En la actualidad, estas tareas se distribuyen entre diversos discursos que operan con metodologías específicas y que han adquirido legitimidad propia. Las ciencias humanas analizan la constitución del sujeto, la lingüística examina las estructuras de significación, la sociología diagnostica el presente y la literatura explora formas radicales de experiencia y de verdad. El espacio privilegiado que antes ocupaba la filosofía se diluye, no por una pérdida

accidental de influencia, sino por un reordenamiento profundo de las reglas que organizan el saber. El discurso filosófico ya no puede reclamar el monopolio del pensamiento crítico, ni presentarse como guardián del fundamento o del sentido.

Foucault insiste en que esta dispersión no debe interpretarse como una degradación, sino como una oportunidad para pensar la filosofía más allá de sus formas tradicionales. El pensamiento no desaparece con la disolución del discurso filosófico; por el contrario, se libera de las estructuras que lo confinaban a ciertos modos de enunciación. La crítica, la interpretación, la creación de conceptos y el diagnóstico del presente pueden seguir practicándose, pero sin necesidad de invocar la autoridad de la filosofía como disciplina autónoma. Este desplazamiento obliga a replantear la relación entre pensamiento y discurso: ya no basta con preguntarse por la esencia de la filosofía; es necesario examinar las condiciones históricas que permiten ciertas prácticas reflexivas. La arqueología foucaultiana es precisamente una herramienta para este examen, pues permite describir cómo emergen, se transforman y desaparecen los modos de decir. En este sentido, la filosofía queda integrada en una historia más amplia de las prácticas discursivas y deja de considerarse a sí misma como fundamento del saber.

La pregunta inicial —¿qué es el discurso filosófico?— encuentra así una respuesta final que no es definicional, sino histórico-crítica. El discurso filosófico es aquella forma de enunciación que, en un periodo determinado, articuló la relación del pensamiento con su presente mediante una combinación específica de funciones, conceptos y estilos. No existe un núcleo esencial que lo sostenga más allá de las condiciones que lo hicieron posible. Su identidad dependerá siempre del modo en que el archivo distribuya las prácticas de saber y de poder. Esta conclusión desmonta la idea de una filosofía eterna, válida en todo tiempo y lugar, y abre la posibilidad de que nuevas formas de pensamiento ocupen el lugar que antes le pertenecía. Foucault no propone la abolición de la filosofía, sino su descentramiento: invita a pensarla como un acontecimiento histórico, como una práctica que ha tenido un papel decisivo en la cultura occidental, pero cuya permanencia depende de las mutaciones del presente.

El gesto foucaultiano es, en última instancia, profundamente crítico. Al mostrar que la filosofía es un producto histórico, obliga a reconsiderar su función actual y sus posibilidades futuras. Si el discurso filosófico debe seguir existiendo, tendrá que redefinirse a partir de los desafíos que impone el presente: la multiplicación de los saberes, la fragmentación de los discursos, la transformación del sujeto y la redistribución de las prácticas críticas. Solo reconociendo su propia contingencia podrá la filosofía encontrar un lugar en el archivo contemporáneo. Así, la obra de Foucault no destruye la filosofía, sino que la desplaza hacia un nuevo horizonte donde el pensamiento ya no depende de una forma discursiva fija, sino de la capacidad de interrogación que cada época exige.

Referencia

Foucault, M. (2025). *El discurso filosófico*. Ediciones Siglo XXI.